

## *El alma se da en la sombra*<sup>1</sup>.

### **La Cuba secreta de María Zambrano, o la revelación de lo sagrado.**

a Jesús Moreno Sanz y a Raquel Carrió,  
quienes también creen en el *rayo verde*

Convidado a dialogar con un alma afín (tal es la invitación que me hizo para escribir este ensayo Jesús Moreno Sanz), no he encontrado tema más atrayente y acaso menos transitado que la *revelación* de lo sagrado en María Zambrano, y no sólo porque este tópico está en el centro mismo de su razón poética, sino porque fue justamente durante su estancia en Cuba y Puerto Rico (1940-1953) -que he llamado en otros ensayos como sus catacumbas creadoras, órficas, prenatales, suerte de *ínsulas extrañas*, o *lámparas de fuego* (añade certeramente Moreno Sanz<sup>2</sup>)-, cuando María Zambrano vive la experiencia de lo sagrado, no por primera vez, claro, pero sí con la conciencia de la necesidad de su rescate para el pensamiento, y para poder acceder entonces a eso que ella misma denominó como razón poética (y que soportó también otros nombres concurrentes: mediadora, integradora, unitiva, de reconciliación<sup>3</sup>). No hay que olvidar que fue justamente durante el período de tiempo antes señalado que María conforma y enuncia definitivamente su razón poética...<sup>4</sup> O, si como afirma Moreno Sanz, su enunciación definitiva es posterior, habrá que reconocer empero que su raíz (y este es en todo caso la

---

<sup>1</sup> Tomo este título de una frase que Lezama oyó a un decimista cubano, citada en su ensayo "Confluencias", publicado en *La cantidad hechizada*. La Habana, UNEAC, 1970, texto que leyó y elogió María Zambrano. Este ensayo fue publicado en *República de las Letras. Madrid*, (89), abril, 2005.

<sup>2</sup> Véase: Jesús Moreno Sanz. "Ínsulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en Isla de Puerto Rico", en: *María Zambrano. La visión más transparente*. Madrid, Editorial Trotta / Fundación María Zambrano, 2004.

<sup>3</sup> Estos, y otros importantes adjetivos: armada, misericordiosa, musical..., son explicados por Jesús Moreno Sanz, por ejemplo, en su "Introducción. El lamento de Eurídice", en María Zambrano. *La razón en la sombra. Antología crítica*. Edición de Jesús Moreno Sanz. Madrid, Siruela, 2004.

<sup>4</sup> Aunque la enunciación de la razón poética tiene un antecedente muy temprano en "La guerra de Antonio Machado" (1937), y desde "Hacia un saber sobre el alma" (1934) hasta *Filosofía y poesía* (1939) y *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), se había orientado decisivamente hacia ella, es en la carta a Rafael Dieste, de 7 de noviembre de 1944, donde esa orientación se hace plenamente consciente, justo durante su estancia en las islas. Para Jesús Moreno Sanz, esa razón ya está totalmente configurada hacia fines de los años cincuenta, cuando escribe, por ejemplo, su "Diótima de Mantinea" (1956) -véase, en este sentido: María Zambrano. *Fragments del café Greco*. Edición de Jesús Moreno Sanz. Roma, Instituto Cervantes, 2004. Sin embargo, es difícil precisar con exhaustividad esta cuestión, toda vez que la misma índole abierta, creadora, de su razón poética, se resiste a una definición exacta y mucho menos concretada en un texto o año determinado. Muchos de los textos que escribe en Cuba son ya un ejemplo de la encarnación de su razón poética, como "La Cuba secreta" (1948), por ejemplo. Si bien es cierto que su plenitud se aprecia en sus libros de madurez, *Claros del bosque*, *Notas de un método*, *Los bienaventurados*, *De la Aurora...*

justificación y el objetivo últimos de este ensayo) hay que buscarla en su primera experiencia del exilio en Cuba y Puerto Rico.

Ya Moreno Sanz ha agotado todas o casi todas las implicaciones que se derivan de su estancia en Puerto Rico (1940-1946), en su magistral ensayo “Insulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en *Isla de Puerto Rico*”, sin embargo, creo que a pesar de haber escrito yo mismo varios ensayos sobre la significación de su estancia en Cuba<sup>5</sup>, y que el conocimiento de su marca cubana en Moreno Sanz es previo al de su marca puertorriqueña, la llamada Cuba secreta, y acaso por ello mismo, ha continuado resguardando sus secretos. Y creo que lo que faltaba era precisamente la integración de la dimensión de lo sagrado –en Cuba, quiero decir- como parte esencial de su razón poética. Aunque el título de su libro acaso más emblemático, *El hombre y lo divino* (libro, como se sabe, concebido y escrito en buena parte durante su estancia en las islas mencionadas), no alude expresamente a ese ámbito, todo su contenido ilustra su rescate e incorporación<sup>6</sup>. De manera que el tránsito de lo sagrado a lo divino y, posteriormente, la constatación de *la ausencia o el eclipse* de lo divino en el mundo contemporáneo, y el regreso, ya negativo, del mundo hermético de lo sagrado, no es sólo una fijación historicista, ni siquiera, con ser mucho ya, una suerte de reconciliación de filosofía, poesía y religión, pero rescatando todo lo que esas tres instancias, con diferente proporción, es cierto, han dejado en el olvido, sino el develamiento de la vida sumergida, que no podemos menos que identificar con el mundo de lo sagrado: el alma, las entrañas, las creencias, anhelos y esperanzas, lo que ella llamó *las formas íntimas de la vida*, y que desde Nietzsche, Simmel, Scheler, Unamuno y hasta el propio Ortega con la enunciación de su razón vital, acaso a su pesar, había sido un reclamo sin verdadera respuesta. Por eso ella le habla a Medardo Vitier, en carta muy citada por Moreno Sanz<sup>7</sup>, que no va sino *viene de la filosofía*, y que lo que busca es, como le adivina el padre de Cintio Vitier, *seguridades del alma*. Claro que el núcleo de esa búsqueda (me refiero a la razón poética y a un saber sobre el alma) comienza muy atrás, acaso desde su texto “Ciudad ausente” (1928), pasando por

---

<sup>5</sup>Véase, por ejemplo: “María Zambrano y la Cuba secreta”, en María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Madrid, Endymion, 1996, el cual es, por lo demás, el antecedente directo del presente ensayo, amén de los copiosos y decisivos ensayos de Jesús Moreno Sanz que se comentarán a todo lo largo de este ensayo.

<sup>6</sup>Véase: Jesús Moreno Sanz. “Imán, centro irradiante: el eje invulnerable”, prólogo a María Zambrano. *El hombre y lo divino*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1999.

<sup>7</sup>María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

“Nostalgia de la tierra” (1933) y “Hacia un saber sobre el alma” (1934), hasta llegar a un texto como “*La guerra de Antonio Machado*” (1937), todo lo cual se abordará ya como problema en el dintel mismo de su exilio, en México, en 1939, cuando publica *Filosofía poesía y Pensamiento y poesía en la vida española*. Pero es en Cuba y Puerto Rico donde, impelida precisamente por el destierro y por la vivencia física, carnal de otra tierra, ella consiente en descender a los *ínferos*, a los *profundos*, a sus catacumbas, y tiene la vivencia, casi mística, de lo sagrado.<sup>8</sup> No para quedarse en esas peligrosas nupcias, claro, sino para ascender *desde y con* ellas hacia lo divino. Quiero decir, que lo que ella denuncia como terrible síntoma de nuestro tiempo, la ausencia de lo sagrado primordial y lo divino, o el regreso al hermetismo de lo sagrado ya en el plano terrible de la Historia, pasa por ser una experiencia propia, aunque en ella se dé con el signo opuesto, como una suerte de re-encarnación. Revelación del espíritu pero sin olvidar el alma, como quiere sugerir el título de este ensayo, con frase tomada de Lezama de la tradición popular: “el alma se da en la sombra”. O como diría el propio Lezama, su gran alma afín, las nupcias gnósticas de lo telúrico con lo estelar. Repasemos ahora, aunque sea brevemente, los momentos culminantes, de esas nupcias, de ese rescate, de ese menester de conocimiento y salvación.

#### *De las Insulas extrañas o Catacumbas hacia las Lámparas de fuego*

En 1941, en carta a Virgilio Piñera, ante los deseos de este de viajar a Argentina, en cierto modo, símbolo entonces de una América muy cercana a Europa, para encontrar una vida intelectual más intensa o fecunda, le confiesa María desde Puerto Rico: “Yo he preferido estas islitas sin embargo o tal vez por eso mismo, pues el mejor europeo de hoy, es decir la mejor vocación europea, creo que es la de las catacumbas; y es desde luego la que yo tengo”<sup>9</sup>. Convicción que luego enfatiza y desarrolla en su ensayo “Las

---

<sup>8</sup> Jesús Moreno Sanz reconoce que: “Ahora, ya en el inicio del exilio, parece como si la *terra incognita* a recorrer, el saber sobre el alma propuesto en 1934, sólo fuera posible desde la expulsión de la tierra propia y el tener que recorrer unas tierras desconocidas, donde Zambrano hallará nada menos que su ‘patria prenatal’. Y ello en las islas”. En: “Insulas extrañas, lámparas de fuego (...)”. *Ob. cit.*, p. 210. Es muy significativo que María Zambrano, en *Delirio y destino*, en el capítulo “Hacia el nuevo mundo”, se refiera al momento justo, en París, previo a su viaje hacia América, en que tiene la conciencia del exilio y, a la vez, su condición “sagrada”: “Tuvieron esa revelación: no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, eran exiliados, desterrados, refugiados... algo diferente que suscitaría aquello que pasaba en la Edad Media a algunos seres ‘sagrados’: respeto, simpatía, piedad, horror, repulsión, atracción, en fin... eso, algo diferente. Vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morir, supervivientes”.

<sup>9</sup>María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

catacumbas”<sup>10</sup>. Las islas, sus “ínsulas extrañas”, Cuba y Puerto Rico, son entonces para María Zambrano equivalentes a unas cavernas, unas catacumbas, donde puede vivir su “noche oscura”, pero no sólo eso. Como explaya en el ensayo aludido, son también, como reconoce Moreno Sanz, unas “lámparas de fuego”. Necesidad, pues, de un descenso, en busca de un *logos sumergido*, pero para ascender luego hacia la luz. Busca, pues, “esa profunda cueva donde late sin atreverse a aflorar, la esperanza”. Esperanza, “afán utópico”, se apresura en aclarar, para nada coincidente con la tendencia europea contemporánea, que ha desembocado, dice, “en la destrucción”, sino que busca *otra* utopía, la que “está *en el fondo* de ese perenne cristianismo, *manantial* de la cultura europea”. Porque lo que ella busca, como Lezama, es la resurrección. La necesidad de una vía mística de conocimiento (luego veremos que muy cercana a su vivencia de la de San Juan de la Cruz) es expresa:

*Y así la única comunicación que parece efectuarse es esta que realiza el presentimiento, emparentada tan cerca con lo que algunos místicos han llamado “ver con el corazón”. Ver con el corazón, sentir lo que no está delante, habitar con el sentimiento allí donde no se está, participar en la vida misteriosa, oculta, en la vida entrañable de esos millones de seres de los que la distancia nos ha cercenado, rehacer el camino todos los días para ir a participar de su dolor, o dejar a fuerza de quietud y de silencio que venga a encontrarnos esa llama pequeña pero ardiente, esa lengua de fuego que consume espacio y atraviesa muros, por ser de naturaleza espiritual, fuego que se enciende en lo hondo y alumbra el pensamiento. Esa llama y ese fuego que debieron salir allá en los siglos II y III de esas cuevas que se llamaron Catacumbas.*

No hay mejor descripción, creo, de esas juaninas “lámparas de fuego”, que Moreno Sanz evoca en su ensayo aludido, vinculadas a sus “ínsulas extrañas”. Las “ínsulas extrañas” serán pues las cavernas, las “oscuras cavernas del sentido”, las islas, las catacumbas, o, como ella enfatiza, “sus propias tinieblas, es decir, (...) sus propias entrañas”, o “el propio, inajenable corazón”. Estamos pues en la develación y fijación del territorio de lo sagrado. Pero para acceder a una nueva luz, a una resurrección. Por eso esas islas o catacumbas son también “lámparas de fuego”. Dice: “Y se preparaban

---

<sup>10</sup> Ibid.

esperando que en esta noche oscura Europa y la razón viviente redescubriesen lo que en las tinieblas se vuelve a descubrir siempre, la vocación, la luz”. Y entonces recurre a su símil con el cristianismo antiguo: “tenía que bajar a enterrarse a las catacumbas, como el grano de trigo que en los misterios de Eleusis para salir luego a la luz”, porque “nadie entra en la vida sin pasar una noche oscura, sin descender a los infiernos según reza el viejo mito, sin haber habitado alguna sepultura”. De manera que el ocultamiento y sumergimiento en el mundo de lo sagrado es condición previa para ascender luego hacia la luz. Para volver a nacer. Para acceder a una resurrección, a esa “religión de la luz” que, como precisa Moreno Sanz, es la apetencia y profecía última de María Zambrano.

Existe otro texto escrito en Cuba, anterior a “La Cuba secreta” (1948), donde se establece prístinamente la relación de la poesía con lo sagrado. Me refiero a “Apuntes sobre el tiempo y la poesía”<sup>11</sup>, publicado en *Poeta*, en 1942. Dice allí: “La poesía primera que nos es dado conocer es lenguaje sagrado, más bien el lenguaje propio de un período sagrado anterior a la historia, verdadera prehistoria”. Hay, sin embargo, un momento que nos inquieta mucho, porque parece ser la explicación indirecta de lo que le sobrevendrá a ella misma en Cuba, cuando la siente como una patria pre-natal. Se está refiriendo a espacios, “zonas de una realidad hasta entonces oculta, velada”, y que “cuando se abren han de ser sentidos no como conquistados sino como recuperados, puesto que se ha vivido con la angustia de su ausencia; la nostalgia de lo que nunca se ha tenido hace sentir cuando al fin se goza, como un volver a tenerlo”. Luego precisará que, aunque ese espacio pueda ser confundido con el de la infancia, el verdadero poeta, a lo Rimbaud, sabe “que su nostalgia es de un tiempo anterior a todo tiempo vivido y su afán por la palabra, afán de devolverle su perdida inocencia”. Ya ella había afirmado, en *Filosofía y poesía*, que “poesía es sentir las cosas en *status nacens*”. Y Lezama, concurrentemente, que “el poeta es el testigo –único que se conoce- del acto inocente de nacer”, de donde se deriva ese pensamiento tan consustancial a ambos sobre la resurrección, sobre volver a nacer. Ese *Incipit vita nova* dantesco que resuena en *Claros del bosque* como una profecía o en su último prólogo de 1987 a *Persona y democracia*. Es curioso, asimismo, que hable también de “la inocencia perdida sin compensación”, a lo que Lezama había aludido también en sus versos famosos: “el pecado sin culpa,

---

<sup>11</sup>Ibid.

eterna pena...”. Luego, discurre sobre el tiempo ido, y dice que “La poesía lo llora; luego recordando, intentará crear la imagen mágica del tiempo sagrado por una forma de lenguaje activo, creador”, lo que nos recuerda su cita inicial de Louis Massignon en *Filosofía y poesía*, también utilizada por Lezama en su ensayo “Juan Clemente Zenea”.<sup>12</sup> Y también se aproxima a su concepción del *ancho presente* cuando escribe: “Seguirá buscando la inocencia de la palabra y lo hará ahondando más y más en el interior de nuestra hermética vida hasta encontrar un cierto espacio, lago de calma y quietud; ese punto, ese centro desde el cual es posible poseerlo todo, sin perderlo ya más”. Punto, centro, que, además del *ancho presente*, nos recuerda el *tokonoma* de Lezama, de su poema “El pabellón del vacío”. Se diría que este texto de 1942 ilustra las certidumbres cognoscitivas que hasta cierto punto *traía* María Zambrano y que fueron encontrando, ya desde 1940, su vivencia, su sentir, su sentido creador en sus “ínsulas extrañas”. Por ejemplo, como luego se podrá comprobar, la conclusión de este ensayo, contiene muchos de los tópicos que luego desarrollará en “La Cuba secreta”. Dice allí: “Porque solamente siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo y silencio parece que puede volver la palabra a su inocencia perdida, y entonces ser pura acción, palabra creadora”. Pero, ¿acaso no es también esta conclusión una clara anticipación de su razón poética?

#### *La Cuba secreta o revelación de lo sagrado*

Pero no creo que haya otro texto donde tan explícita y profundamente revele María Zambrano su experiencia de lo sagrado como en “La Cuba secreta”. Si lo sagrado es el tiempo de los orígenes, suerte de prehistoria, o historia ancestral, tiempo entonces poético por excelencia, como ella misma precisa en otra ocasión, toda su experiencia cubana y puertorriqueña (pero sobre todo aquella primera, por su relación con la Poesía) son, para María Zambrano, el símbolo carnal, viviente, físico, encarnado, del mundo de lo sagrado. En primer lugar, porque ella lo sintió así, quiero decir, no creo que haya ninguna realidad exenta de esa presencia, pero era lo que ella buscaba entonces, si bien es cierto que su contacto con un imaginario *otro* tuvo que favorecer ese encuentro, ese descendimiento, esa revelación. No es casualidad que, en apenas unos días en La

---

<sup>12</sup>“Un teólogo musulmán, Hallach, paseaba un día con sus discípulos por una de las calles de Bagdad y le sorprendió el sonido de una flauta exquisita. “¿Qué es eso?, le preguntó uno de sus discípulos y él responde: “Es la voz de Satán que llora sobre el mundo. Satán llora por las cosas que pasan; quiere reanimarlas, mientras caen y sólo Dios permanece. Satán ha sido condenado a enamorarse de las cosas que pasan y por eso llora”.

Habana, en su primera visita en 1936, y luego otra también muy rápida, en 1939, ella aísle en una frase de una carta a Lezama: “el baile de los negros en Marianao”<sup>13</sup>. Luego, su contacto con la persona y la obra de Lydia Cabrera tuvo que profundizar ese conocimiento, a expensas de su posible conocimiento de la obra de Fernando Ortiz (aunque no han quedado testimonios al respecto). Concurrentemente, las religiones llamadas afrocubanas, transculturadas con la religión católica, se mueven en un mundo sagrado, politeísta, tan afín a las religiones grecolatinas. En su texto “Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis”<sup>14</sup> ella advierte: “Todavía existen mundos, lugares en el planeta donde las cosas y los seres no han sido dominados del todo por el afán de dominación, donde aún palpitan asomándose por entre las rendijas de un mundo todavía sin cristalizar. La isla de Cuba es uno de esos lugares”. Y a continuación, de la mano de cierta idealización, prosigue: “Las islas han proporcionado al alma humana la imagen de la vida intacta y feliz, como si fuese un regalo, del paraíso donde las dos condenas, el trabajo y el dolor quedan un tanto en suspenso...” Hasta aquí la idealización. Y a continuación lo que nos interesa destacar: “mundo mágico en que la *realidad* no está delimitada, y aún el sueño puede igualar a la vigilia. Por ello fueron cuna de Dioses y de Mitología. Y patria inextinguible de la metamorfosis”. Como se sabe, y ello tendrá capital importancia para la articulación de un pensamiento poético, el mundo de la metamorfosis es dable de equivaler con el politeísmo de los dioses griegos y latinos, como el mundo de la transfiguración católica con el Dios único. Luego de un bellissimo elogio de la luz en Cuba, semejante, como explicitará en otras ocasiones, con la luz de su ciudad natal, Málaga, en Andalucía (y ello es importante por la recuperación reminiscente del tiempo de su infancia, otro territorio que se confunde o está próximo a lo sagrado), vuelve a insistir: “Y bajo esa luz, una vida que aún se confunde con el sueño. La conciencia toca más que ve y los sentidos penetran en la realidad sin encontrar resistencia. Mundo de la metamorfosis donde las formas escondidas aguardan la voz que los haga manifestarse *danzando*”<sup>15</sup>. Pero hay más, y ello ya nos acerca a su búsqueda de una razón poética. Dice María Zambrano: “Lydia Cabrera se destaca entre todos los poetas cubanos por una forma de poesía en que conocimientos y fantasía se hermanan hasta el punto de no ser ya cosas diferentes, hasta constituir eso que se llama

---

<sup>13</sup>Carta a José Lezama Lima, fechada en Morelia, 27 de octubre de 1939. En: María Zambrano. *La Cuba secreta*. Ed. cit., p. 200. Mario Parajón cuenta que ella le refirió que ese día Lezama le comentó: “bailan como si viajasen”. No puede dejarse de recordar aquel verso de Lezama en “El coche musical”: “Bailar es encontrar la unidad que forman los vivientes y los muertos”.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> El subrayado es mío.

*conocimiento poético*”. Y concluye: “y realizar así la poesía, en su sentido primero de ser reveladora de un mundo, el agente unificador en que las cosas y los seres, se muestran en estado virginal, en éxtasis y *danza*”<sup>16</sup>. Luego insistirá: “el soplo creador que da gracia y libertad para la forma más plena de la vida: la danza. Danza en cuyos arabescos se dibuja un incompleto poema cosmogónico”. María Zambrano no puede dejar de transparentar un entusiasmo casi de raíz sagrada (recordar que etimológicamente *entusiasmo* significa: estar lleno de dioses). Ese entusiasmo la lleva a idealizar incluso la infancia:

*La raza de piel oscura es la nodriza verdadera de la blanca, de todos los blancos en sentido legendario. Lo ha sido de hecho desde la esclavitud y verdadera libertad del liberto de esta isla de Cuba donde las gentes de la más clara estirpe fueron criados por la vieja aya de piel reluciente, cuyos dichos, relatos y canciones mecieron, despertando y adurmiendo a un tiempo, la infancia. Y así la venturosa “edad de oro” de la vida de cada uno se confunde en la misma lejanía con “el tiempo aquel” de la fábula ¡felices los que tuvieron pedagogía semejante!*<sup>17</sup>

Dos tópicos destaca por sobre otros María Zambrano del imaginario develado por Lydia Cabrera: el conocimiento poético y la “memoria ancestral”. Ambas instancias también son desarrolladas un año antes, en 1948, en su texto más importante para su exposición de lo sagrado: “La Cuba secreta”<sup>18</sup>.

Es este texto acaso el más revelador que escribió María Zambrano en Cuba. Por varias razones. En primer lugar porque es un texto confesional. No por gusto llega a afirmar: “Cuba: mi secreto”. Es, en este sentido, la confesión de su vivencia de lo sagrado. En otro texto escrito ese mismo año de 1948, “Para una historia de la piedad”<sup>19</sup>, afirma que “antes de que la Historia aparezca, hay una prehistoria de la historia: la Poesía” y, concurrentemente, que “Es, quizá, el sentimiento inicial, el más amplio y hondo; algo

---

<sup>16</sup> El subrayado es mío.

<sup>17</sup> A lo que cabría añadir que la caudalosa emigración, mayoritariamente gallega, del siglo xx, participó también de esa *fabulosa pedagogía*, pues mucho cubano blanco se formó en su infancia a la vera de un aya que le transmitía el mundo mágico gallego. Lo mismo sucedió con la emigración canaria.

<sup>18</sup> María Zambrano. “La Cuba secreta”. *Orígenes*. La Habana, a. V (20): 3-9, 1948.

<sup>19</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

así como la patria de todos los demás”. También dice que es como “la prehistoria de todos los sentimientos positivos” o “la matriz originaria de la vida del sentir”, es decir, como ella misma aduce, de “las entrañas”, esto es, de lo sagrado. Pero reparemos – pasando por alto, momentáneamente, otras importantísimas consideraciones que hace sobre la piedad- en que al final lleva a la piedad hacia lo íntimo de la persona: “Es simplemente nuestra propia vida. El misterio no se halla fuera; está dentro y en cada uno de nosotros, al par que nos rodea y nos envuelve. En él vivimos y nos movemos. La guía para no perdernos en él, es la Piedad”. Volvamos entonces a “La Cuba secreta”.

Leamos entonces a la luz de las anteriores consideraciones la confesión de María Zambrano, su “secreto”:

*Como un secreto de un viejísimo, ancestral amor, me hirió Cuba con su presencia en fecha ya un poco alejada. Amor tan primitivo que aun más que amor convendría llamar “apego”. Carnal apego, temperatura, peso, correspondiente a la más íntima resistencia; respuesta física y por tanto sagrada, a una sed largo tiempo contenida. No la imagen, no la viviente abstracción de la palma y su contorno, ni el modo de estar en el espacio de las personas y las cosas, sino su sombra, su peso secreto, su cifra de realidad, fue lo que me hizo creer recordar que la había ya vivido. Mas, las imágenes no podían coincidir con aquellas vistas mientras aprendía a ver: la rama dorada del limonero a la caída de la tarde en el patio familiar... Ninguna figura ya proyectada en el espacio exterior. Quizás un poco el terroso dulzor de la caña de azúcar extraída por una boca sin dibujo aun y la densa sombra de los árboles fundiéndose con la tierra, tierra ya antes de caer en ella. Pues al lado de aquel Mediterráneo, como en las orillas de este mar de La Habana, la luz y la sombra caen directamente sobre la tierra hundiéndose. Pero todo eso no bastaría. Pues sólo unas cuantas sensaciones por primarias que sean, no pueden “legalizar” la situación de estar apegada a un país. Algo más hondo ha estado sosteniéndola. Y así, yo diría que encontré en Cuba mi patria pre-natal. El instante del nacimiento nos sella para siempre, marca nuestro ser y su destino en el mundo. Mas, anterior al nacimiento ha de haber un estado de puro olvido, de puro estar yacente sin imágenes; escueta realidad carnal con una ley ya formada; ley que llamaría de las resistencias y apetencias últimas. Desnudo*

*palpitar en la oscuridad; la memoria ancestral no ha surgido todavía, pues es la vida quien la va despertando; puro sueño del ser a solas con su cifra. Y si la patria del nacimiento nos trae el destino, la ley inmutable de la vida personal que ha de apurarse sin descanso –todo lo que es norma, vigencia, historia, la patria pre-natal es la poesía viviente, el fundamento poético de la vida, el secreto de nuestro ser terrenal.*

*Y así sentí a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como substancia. Cuba: substancia poética visible ya. Cuba: mi secreto.*

¿Qué hacer con tan sobrecogedora confesión?, me preguntaba en otro texto, por lo que me he permitido transcribirla íntegramente. Leyéndola creo que no queda duda alguna de que lo que encontró *dentro de su alma* en Cuba fue lo sagrado. Pero lo sagrado, como hemos visto que dice también, es la Poesía. Pre-natalidad<sup>20</sup>, infancia, memoria ancestral, matriz originaria, Poesía, misterio, sede de los sentimientos últimos, originarios, es decir, la Piedad. Esta vivencia ¿no es entonces la de la razón poética? Y por si hubiera alguna duda, a continuación pasa María Zambrano a comentar la antología *Diez poetas cubanos*, de Cintio Vitier, donde se da a conocer como grupo el legendario grupo Orígenes. Es decir, pasa a ejercer, en acto, su razón poética, que no simplemente crítica literaria o poética. Pues, como veremos enseguida, todo en su exégesis va encaminado a revelar también el mundo de lo sagrado. Ello sucede en primer lugar cuando objetiva, ontologiza su secreto: “Ahora un libro de poesía cubana me dice que mi secreto, Cuba, lo es en sí misma y no sólo para mí”. Y concluye con una reflexión que está en el mismo centro de sus preocupaciones de *El hombre y lo divino*:

*La primera manifestación del espíritu es “física”, como quizá lo sea la última, cuando el espíritu desplegado en el hombre vuelva a rescatar la materia. Entonces, cuando tal suceda, tendremos el Paraíso; ahora, en la vida del planeta, se produce su raro vislumbre, cuando una tierra dormida despierta a la vida de la conciencia y del espíritu por la poesía –y siempre será por la poesía- y manifiesta*

---

<sup>20</sup> Después, en *Delirio y destino*, también escrito en La Habana, expresará: “La verdadera historia (...) es en verdad prenatal, y para no inculcar a los padres inmediatos, diríamos mejor y más justamente, ancestral”. Sobre *lo prenatal*, puede consultarse el ensayo de Jesús Moreno Sanz “Insulas extrañas, lámparas de fuego (...)”, en *Ob. cit.*

*así el esplendor de la “fysis” sin diferencias. Instante en que no existe todavía la materia, ni la vida separada del pensamiento. Es el instante en que van a producirse las imágenes que fijan el contorno y la vida del país, lo que se ha llamado en la época griega –cuando no se había revelado el Dios único- los Dioses. La existencia de los Dioses no contradice la existencia de Dios, pues los Dioses de Grecia, modelo permanente, son las poéticas esencias fijadas en imágenes, revelaciones directas de la “fysis”, instantáneas del paraíso y también del infierno.<sup>21</sup>*

Y a continuación, cuando pasa a su comentario moroso de cada poeta –sobre todo de José Lezama Lima, quien merecerá después un comentario aparte- todo en su discurso- visión se demora en la manifestación de lo sagrado.

Para no olvidar mi fraterno diálogo con Jesús Moreno Sanz quiero indicar una anticipación significativa, y es la que se deriva de su análisis de la llamada poesía de la angustia (pues ella ve en la poesía de Orígenes justamente una poesía de la contra-angustia). Me refiero a lo que parece una remotísima anticipación de su prólogo a *Persona y democracia* de 1987. Y es cuando dice:

*Sólo el sacrilegio, la profanación de lo sagrado –pues lo divino escapa a toda profanación- nos ha acarreado este vacío lleno de cosas, este vagar de almas herméticas en un espacio que es nada más que espacio de la extensión: la vida compuesta de sucesos; la realidad, de hechos; el espacio lleno de cosas y el tiempo de instantes; todo compuesto y descomponible, edificado y destruido, situación que la poesía transcribe en analíticos poemas o en desgarradas quejas “existenciales”, y la Filosofía “sin ver” legaliza en sus transcendentales análisis.*

Compárese este texto con las desoladas consideraciones siguientes de su prólogo aludido: “Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se nos ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión. Todo

---

<sup>21</sup> En un texto posterior, también publicado en La Habana, María Zambrano ofrece una muy clara interpretación de lo sagrado a la luz precisamente de la relación aquí entrevista entre los dioses y el Dios único. Me refiero al acápite II. *El pensar entre lo sagrado y lo divino*, de “Dos fragmentos acerca del pensar”. Orígenes. La Habana, 1956, recogido en *La Cuba secreta*. Ed. cit.

está salvado y al par vemos que todo está destruido o en vísperas de destruirse”. Y precisamente es el *sacrificio* el tema central de su comentario de la poesía de Lezama:

*La poesía de Lezama me pareció siempre vivir en estado más que de gracia, de sacrificio; único estado en que el alma que contrae a diario nupcias con la realidad se mantiene intacta. (...) La poesía permanece en lo sagrado y por ello requiere, exige, estado de permanente sacrificio. el sacrificio es la forma primera de captación de la realidad. Mas, tratándose de la poesía, la captación es un adentramiento, una penetración en lo todavía informe. (...) La palabra poética es acción que libera al par las formas encerradas en el sueño de la materia y el soplo dormido en el corazón del hombre. (...) La poesía (...) se alimenta del mundo de los sentidos, buscando en la “fysis” su metafísica: la metafísica del ser viviente, en el latido de cada uno de sus instantes, sin identidad. No es la transparencia –condición de la identidad- el imán de la poesía, sino ese otro indefinible género de unidad oscura y palpitante. La poesía atraviesa, sí, la zona de los sentidos, mas para llegar a sumergirse en el oscuro abismo que los sustenta. Antes de que le sea permitido ascender al mundo de las formas idénticas en las luz, ha de descender a los infiernos, de donde Orfeo la rescató dejándola a medias prisionera. Y así la poesía habitará como verdadera intermediaria en el oscuro mundo infernal y en el de la luz, donde las formas aparecen. No de otro modo, atravesando la superficie de los sentidos, la poesía de Lezama nos conduce a las “oscuras cavernas del sentido” donde las imágenes, la metáfora no son decadencia de los conceptos, remedo de la poesía. Allí la imagen es la virgen aun no presentada a la luz y la metáfora tiene, a veces, fuerza de juro. “Rapsodia para el mulo” nos parece encerrar en lo posible el secreto de su poesía; la definición más clara de su acción, que brota más luminosa en poemas tales como “Noche insular: jardines invisibles”.*

¿No se diría que aquí se manifiesta esa relación ya comentada prolijamente por Jesús Moreno Sanz entre las “insulas extrañas” y las “lámparas de fuego”? De los otros poetas origenistas, destaca, por ejemplo, de Cintio Vitier, Eliseo Diego, Octavio Smith y Fina García Marruz, “una función que diríamos de *salvar el alma*”. En Fina resalta “esa hazaña que es escribir sin romper el silencio, la quietud profunda del ser”. De Cintio,

“La avidez y la sed (...) de la realidad perdida de un verdadero paraíso”. En Eliseo ve a la poesía “en función de la piedad”. En Smith, pitagóricamente, observa cómo su secreto “por no poder ser sino poesía, se hace música”. Es decir, toda una filosofía de lo sagrado. Y es muy significativo que evoque “el ancestral método de mis *filósofos andaluces* <sup>22</sup> que veo alentar en esta poesía cubana de la contra-angustia”. ¿Se referirá acaso a aquel “ver con el corazón”?, pero esto es algo que dejo a la erudición y a la pasión cognoscitiva de Jesús Moreno Sanz, quien ha estudiado como nadie las fuentes sufíes en el pensamiento de María.

Pudieran multiplicarse los ejemplos que demuestran el peso que tuvo su contacto con Cuba en su conformación y expresión de su razón poética, a través de la vivencia y revelación de lo sagrado, de un logos órfico, sumergido, y aún de su nuevo camino, su llamada “senda órfico-pitagórica”. No es casual que conciba y escriba en Cuba *El hombre y lo divino*, y muy especialmente su capítulo “La condenación aristotélica de los pitagóricos” ¿Queremos ver su pitagorismo en acción, encarnado en su singular visión, en su *aceitosa* percepción, desde la razón poética, también órfico-pitagórica, y tan nietzscheana por sus danzarinas y musicales relaciones? Aisleemos este párrafo de su ensayo “Wifredo Lam”<sup>23</sup>:

*El mundo del trópico no es plástico, sino musical, órfico. La pintura de Lam ha sorprendido este secreto; sus cuadros tienen una distribución musical, rítmica; el espacio es el vacío que desplazan los cuerpos sutiles en su giro. No es un espacio preestablecido, sino ganado trozo a trozo; un error de milímetro haría caer el equilibrio de sus grandes composiciones. Porque es el número quien rige la danza. Si toda naturaleza tiene su matemática, la del trópico es la más precisa y delicada; en el trópico la luz encubre y la noche revela. Pintura nocturna más que luminosa me pareció siempre la de Lam. Mas la pintura, no lo olvidemos, nació en la noche de las cavernas; conjunto e invocación a las criaturas: para que se dejaran por un instante ver según número y figura.*

---

<sup>22</sup> El subrayado es mío.

<sup>23</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

### *Coda para Lezama*<sup>24</sup>

Hemos dejado para el final su esencial relación con José Lezama Lima, porque ella, toda, nos adentra en una relación de raíz sagrada. Amén de lo que ya se ha vislumbrado, comencemos por el origen. Ella misma lo ha relatado varias veces. En “Breve testimonio de un encuentro inacabable” (1988)<sup>25</sup>, ella narra su primer encuentro en 1936: “Se sentó a mi lado, a la derecha, un joven con grande aplomo y ¿por qué no decirlo? de una contenida belleza, que había leído algo de lo por mí publicado en la revista de Occidente” (...) En esta sierpe de recuerdos, larga y apretada en mi memoria, surge aquel joven con tal fuerza que por momentos lo nadifica todo. Era José Lezama Lima.” Y, en medio de una reminiscencia de raíz sagrada: “un encuentro de esos que no se buscan, que vienen dados o que son nacimientos en la memoria y sus laberintos, en aguas transparentes y profundas, misterio y claridad”, afirma: “aquel joven pertenecía a mi vida esencial”, y enseguida: “fue un encuentro sin principio ni fin”. En este mismo texto, que sirvió como liminar a la edición crítica de la novela *Paradiso*, María lo reconoce como un “católico órfico” e, igualmente, a su novela como “una obra auténticamente dentro de la tradición órfica”, en lo que coincide con la percepción de Fina García Marruz<sup>26</sup>. En un texto anterior, “José Lezama Lima en La Habana” (1968)<sup>27</sup>, su evocación de Lezama se confunde con la de la isla, donde cree percibir “rastros del paraíso”. Inmediatamente reaparece lo sagrado: “Lo sacro se cela en el sur entre cancelas, hojas y cortinas de aire sólo atravesables para aquel que mira sin curiosidad, sin apetito siquiera de penetrar en lo sacro...”, y advierte que fue reconocida como “alguien que sabe de lo sacro permanentemente”. En su evocación de Lezama anticipa María su idea del “ancho presente” cuando escribe: “Lezama vivía en ese difícil cruce, en ese punto que es el tiempo presente, un punto –espacio-tiempo- al que hay que alzarse con destreza que sólo la más sutil sabiduría proporciona y para los que los saberes no bastan”. Y luego: “Es el presente que se crea en verdad”. Ancho presente o presente creador o eterno presente, como también vislumbra en el propio Lezama.<sup>28</sup> Es

---

<sup>24</sup>Esta “coda” debe leerse a la luz del esclarecedor ensayo de Jesús Moreno Sanz “Guías y constelaciones”, presidido por la sura 113 del Corán, “La aurora”, que comienza así: “Me refugio en el señor de la aurora...”. En: *María Zambrano. 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid, Residencia de Estudiantes / Fundación María Zambrano, 2004, p. 209-252.

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> Véase: Jorge Luis Arcos. “María Zambrano y la Cuba secreta”. En: María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

<sup>27</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

<sup>28</sup>En carta a José Lezama Lima, fechada el 15 de febrero de 1975, le dice a su amigo: “¿No le parece que el presente puro y verdadero, tiempo de la certeza y de la diafanidad, nace de esta fidelidad? Los infieles

la imagen de un iniciado. Inmediatamente vincula las *entrañas* de la ciudad con las del poeta. Ya en el texto anteriormente comentado había sentenciado: “El era de La Habana como Santo Tomás lo era de Aquino y Sócrates de Atenas. El creyó en su ciudad”, lo que apoya su propia creencia, expresada en “Sobre la iniciación”<sup>29</sup> de que “Todos los iniciados tienen necesidad de una ciudad, de un lugar”. En una bellísima carta a Lezama, donde María hace equivaler a La Habana con la Andalucía de su infancia, expresa: “En La Habana recobré mis sentidos de niña, y la cercanía del misterio, y esos sentires que eran al par del destierro y de la infancia, pues todo niño se siente desterrado. Y por eso quise sentir mi destierro donde se me ha confundido con mi infancia”<sup>30</sup>.

En otro plano concurrente la relación que se inicia en 1936 se reanuda en 1940 a través de una preocupación central de ambos: la insularidad. Ya Jesús Moreno Sanz ha demostrado prolija y profundamente la importancia que para el pensamiento de María Zambrano tuvo la redacción de *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)* (1941)<sup>31</sup>, escrito en La Habana a su regreso de aquella isla gemela. Lo significativo es que ese intenso librito sea dedicado a José Lezama Lima, con este comentario “quien también ha sentido y pensado sobre las islas”. ¿Conoció María el “Coloquio con Juan Ramón Jiménez” (1938)<sup>32</sup>, donde Lezama discurre sobre el mito de la insularidad? Es probable, pero en todo caso Lezama le responde esa dedicatoria con otra, en su poema “Noche insular: jardines invisibles”, cuando lo publica inicialmente en la revista *Espuela de Plata*, primera donde colaboró María de las llamadas revistas origenistas, y que luego incluye en *Enemigo rumor* (1941), libro que sí lee María ese mismo año y sobre el que le expresa a Lezama que tiene “un mundo ancho,

---

no conocen el presente porque perdieron el pasado, cerrándoseles el futuro. Sólo están colgados del porvenir y por él arrastrados. / Cuando le vi aquella noche entre tantas gentes que allí había, se me destacó de todas ante todo por eso, porque le vi en el presente, un presente que no le abandonará nunca...”. En: María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 229. Otra descripción de ese “ancho presente” la desenvuelve María en “Calvert Casey, el indefenso, entre el ser y la vida”: “El tiempo: un ancho presente que se abrió. Ese presente no fugitivo, ese centro del tiempo que no sólo fluye sino que llama. Y esa llama que arde sin ser notada. Y ese ocaso sin melancolía.”, en *Ibid.*, p. 196.

<sup>29</sup>A. Colinas. “Sobre la iniciación. Conversación con María Zambrano”. *Cuadernos del Norte*. (38): 4, 1986.

<sup>30</sup>María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 207-208.

<sup>31</sup>Este ensayo debe comprenderse, en primer lugar, como un complemento del ensayo de Jesús Moreno Sanz, “Insulas extrañas, lámparas de fuego (...)”, ya citado. En realidad sería imprescindible hacer una lectura simultánea de ambos, pues la experiencia en la *otra* isla, Puerto Rico, es equivalente a su experiencia de Cuba. Véase, por ejemplo, el capítulo de *Delirio y destino*, “15 de junio de 1940”, tan cercano a “La Cuba secreta” e, incluso, a “Las catacumbas”.

<sup>32</sup>En: Cintio Vitier, comp. *Juan Ramón Jiménez en Cuba*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1981. Dicho ensayo fue publicado por primera vez en *Revista Cubana*. La Habana, enero, febrero, marzo de 1938.

misterioso”<sup>33</sup>. Aquel poema, donde Cintio Vitier ha apreciado, en su ensayo “Crecida de la ambición creadora. La poesía de José Lezama Lima y el intento de una teleología insular”<sup>34</sup>, que “Lezama ve en la noche insular (...) el drama teológico del destierro”, y donde el poeta “realiza su encarnación verbal de la noche cubana”. Hay incluso una correspondencia, por ejemplo, entre las valoraciones de la noche por parte de María Zambrano en la pintura de Wifredo Lam y la noche insular lezamiana. Ya el mismo crítico, a quien Lezama le dirige una importante carta donde expone su poética y donde le convida a crear una “teleología insular”<sup>35</sup>, había apreciado cómo en Lezama “Hay una enemistad original, de raíz sagrada, entre la criatura y sustancia poética”. Pero también en aquel primer libro de Lezama aparece un poema como “Muerte de Narciso”, que se ha relacionado con “Cementerio marino”, de Paul Valery, poema que unos años antes, según comenta Moreno Sanz<sup>36</sup>, escuchaba María leer en francés a Victoria Ocampo en Madrid. Es muy significativo que en “Breve testimonio de un encuentro inacabable” ella exprese que “Las aguas creadoras, fecundas y vírgenes, él, Lezama, las buscaba y creía en ellas (...) Lo que él estaba buscando era la generación en el agua por la mirada fecunda y virgen, de la cual Narciso, tardío mito neoplatónico, puede ser un eco que se transformó en impostura”. No hay que olvidar tampoco que “Muerte de Narciso”, “Rapsodia para el mulo” y “El pabellón del vacío”, variantes los tres de la confianza de Lezama en la resurrección –otra coincidencia esencial con María- fueron leídos por la autora de *Claros del bosque*. Es muy significativo que María vea en “Rapsodia para el mulo” el secreto de su poesía, y que muchos años después, en 1978, cuando lee por primera vez el ensayo de Lezama “Confluencias” (1968), donde el poeta revela el origen de aquel poema, María le exprese a su viuda que encontró “un texto prodigioso de Lezama, ‘Confluencias’, que releí pasmada, anotándolo y todo”<sup>37</sup>. De “El pabellón del vacío”, último poema que escribiera Lezama, le dirá también a María Luisa Bautista que “yo no puedo verle desaparecer en el hueco del Tokonoma sino atravesándolo como cuerpo sutil, luminoso, dotado de verdadera vida”<sup>38</sup>, donde, como se verá después, se

---

<sup>33</sup> Carta fechada en La Habana, en 1941. En: María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 201.

<sup>34</sup> Cintio Vitier. *Obras. 2. Lo cubano en la poesía*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1998.

<sup>35</sup> Cintio Vitier. “De las cartas que me escribió Lezama”. En: *Obras. 4. Crítica 2*. La Habana, Editorial. Letras Cubanas, 2001.

<sup>36</sup> Jesús Moreno Sanz. “Cronología y genealogía filosófico-espiritual”. En: María Zambrano. *La razón en la sombra. antología crítica*. Ed. cit., p. 681.

<sup>37</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 250.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 248.

puede establecer una analogía con “el mar en llamas” que hay que atravesar...<sup>39</sup> Pero acaso lo más profundo que escribió sobre su amigo, y que nos vuelve a llevar al territorio de lo sagrado, se lo pudo decir a él mismo en carta fechada un año antes de su muerte, en 1975: “Tuvo Ud. siempre la virtud de que los íferos, lo de abajo, lo que queda, aparezca salvado sin dejar de ser”<sup>40</sup>, suerte de síntesis de su razón poética.

Es hora ya de comentar el texto más trascendente que escribió María Zambrano sobre Lezama y que, como advierte Moreno Sanz, fue uno de los más trascendentes que escribió la autora de *De la Aurora*, “Hombre verdadero: José Lezama Lima” (1977)<sup>41</sup>, aunque se conoce que lo escribió en 1976, el mismo año de la muerte del poeta. Pero acaso antes conviene hacer una breve introducción.

Son muchas las referencias que hace a todo lo largo de su vida María Zambrano sobre la luz, el alba, la aurora, incluso el crepúsculo (rayo verde incluido), “la mar verde”, como ella extraña pero significativamente llama al mar de La Habana, a propósito de su estancia en las islas, Cuba y Puerto Rico. Algunas ya las hemos citado. Por ejemplo: “en La Habana he visto, bebido más que en parte alguna el alba, el alba hasta que salía el Sol que me asustaba”<sup>42</sup>, le dice a Lezama en 1976, a la vez que le envía un fragmento de su libro inédito *De la Aurora*. Pero donde es más profunda es en *Delirio y destino*, por la relación que establece entre la luz y la noche:

---

<sup>39</sup> Para aproximarnos al significado espiritual de “el mar en llamas”, véase: Jesús Moreno Sanz. “Insulas extrañas, lámparas de fuego (...), en *Ob. cit.*, p. 213.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 231.

<sup>41</sup> *Ibid.* (Publicado originalmente en *El País*. Madrid, noviembre de 1977). Recientemente Javier Fornieles Ten ha encontrado entre los manuscritos de M. Z. en la Fundación otra versión titulada: “José Lezama Lima. Hombre verdadero”, y publicada en *Correspondencia entre José Lezama Lima y María Zambrano y entre María Zambrano y María Luisa Bautista*. Edición de Javier Fornieles. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2006. Es muy probable que esa sea la primera versión que, como ella ha contado, estaba escribiendo en 1976, cuando se enteró de su muerte. Muchas de las ideas del texto publicado son el desarrollo de ideas que están ya esbozadas en la versión primera.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 231. En otra carta anterior, cuando la visita de José Angel Valente a La Habana, le dice: “Déle a ver a nuestro amigo la ceiba (sic), la hoja del yagrumo, a sentir el terral –a las 10 de la noche- y otros secretos de los que Ud. es depositario, de la felicidad que circula y se remansa en esa su Isla, un poco también mía o yo de ella, donde aprendía a mirar el alba y a acordar el oído al ritmo de la respiración de la noche, tan viviente”, p. 214. Es muy significativo cómo María fija, conserva la vivencia de estas realidades naturales, sagradas: en otra carta muy posterior, de 1979, le dice a Cintio Vitier: “Saludos (...) a la sacra Ceiba -y al yagrumo y al viento que hace el Mar Verde, Verde y transparente, y al Cielo...”. En: *Ibid.*, p. 277. Lo mismo le acontece con el paisaje de Puerto Rico cuando lo describe en *Delirio y destino*. En este libro tienen mucha importancia, como revelaciones de lo sagrado, las realidades naturales, específicamente el mundo vegetal, que luego potenciará, ya dentro de su razón poética, en sus relaciones con el hombre y el animal, en sus vislumbres sobre el tiempo y los sueños. No es casualidad que en “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, María destaque “la presencia de los árboles únicos, de los animales únicos, de los seres únicos...”.

*Habían pasado los días cayendo como gotas de luz, en esta isla apenas posada sobre las aguas. En esta isla en la luz, más que en el mar. Luz que la guardaba a veces como en un fanal azul y a veces la dejaba al descubierto, a la intemperie del fuego solar y de la luna. En el “invierno” la Isla es como una plataforma de tierra vuelta hacia los astros, como si flotara en el océano luminoso y oscuro del espacio interestelar. (...) Su “noche oscura” había estado poblada de luces, de lámparas ocultas “en las catacumbas” y ella las había visto, sentido más bien, desde esta luz regalada por la naturaleza tan pródigamente.<sup>43</sup>*

En mi ensayo “María Zambrano y la Cuba secreta” había escrito: “Estas *islitas* que María Zambrano sintiera como unas luminosas catacumbas, esas islitas de resurrección, acaso sus *ínsulas extrañas*, fueron tema de profunda meditación para la pensadora”<sup>44</sup>. Está claro que de textos como el anteriormente citado de María Zambrano se desprende naturalmente esa relación entrevista por Moreno Sanz entre las “ínsulas extrañas” y las “lámparas de fuego” de San Juan, recreadas por María Zambrano. Pero hay más, como un correlato de sus consideraciones acerca del orfismo poético en “La Cuba secreta”, cuando allí dice que: “Y así la poesía habitará como verdadera intermediaria en el obscuro mundo infernal y en el de la luz, donde las formas aparecen”, y como ya advertí en mi ensayo citado, precisamente a propósito de la mística de San Juan de la Cruz, aventura María Zambrano esa idea tan persistente en su propio saber acerca de ese estadio, frontera, umbral, confín intermedios. Dice, a tenor del poema juanino “Canciones del alma, que se goza de haber llegado al alto estado de perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual”, más conocido como “Noche Oscura” –y repárese en las equivalencias con el estado prenatal y su final solución poética-:

*Parece que sólo la muerte sería el término de esta salida; pero no es así. Aunque parezca imposible existe un medio entre la vida y la muerte. san Juan nos muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte; que hay un reino más allá de esa vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la*

---

<sup>43</sup>María Zambrano. “Desde La Habana a París”.

<sup>44</sup>Jorge Luis Arcos. “La Cuba secreta de María Zambrano”. En: María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

*realidad más recóndita de las cosas. No ha sido un abandono de la realidad, sino un internarse en ella, un adentrarse en ella, “entremos más adentro en la espesura”. Por eso no es la nada, el vacío lo que aguarda el alma a su salida; ni la muerte, sino la poesía en donde se encuentran en entera presencia todas las cosas.*<sup>45</sup>

Y a su vez Lezama parece responderle cuando le escribe sobre la muerte de Araceli: “Pero Ud. es de las personas que saben con gran precisión que nacemos antes de nacer y morimos antes de morir. Yo diría con cierta temeridad que tanto el nacimiento y la muerte de los que nos rodean y que queremos, nos es desconocido y que nunca lo podremos precisar”<sup>46</sup>. Toda esta noción del *estadio intermedio* es ampliamente desarrollada por Moreno Sanz en su ensayo “Insulas extrañas, lámparas de fuego”, aunque más a la vera de su experiencia puertorriqueña –tan equivalente en tantos aspectos con la de Cuba- y de su libro *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*.

Ha relatado María Zambrano que el mismo día que recibe la noticia de la muerte de José Lezama Lima se encontraba escribiendo su texto “Hombre verdadero: José Lezama Lima”. Es este, como reconoce Jesús Moreno Sanz, el texto más hermético y el más espiritual que escribiera la autora de *De la Aurora*, libro que también estaba escribiendo por entonces. Ya en una carta fechada en 1973 le escribe a su amigo cubano:

*Se hace el silencio en ciertos estados precisamente en zonas que nada o muy poco tienen que ver con lo perecedero. El poder escribir me ha librado de la mudez y de ese hielo que tanto quema, de ese mar de llamas que según viejas tradiciones, el que muere ha de atravesar. Hace años me dijo un amigo italiano, Elemire Zola, que había encontrado en un sermón de San Efrén una alusión que permitía suponer que un Credo anterior al de Nizea lo decía de N. S. Jesús, no sé si antes o después de haber visitado los ínferos. Y como el amor une, se siente así día y*

---

<sup>45</sup>María Zambrano. “San Juan de la Cruz”. En: *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit. Para otras relaciones “cubanas” de María y san Juan de la Cruz, véase: Jorge Luis Arcos. “María Zambrano y la Cuba secreta”, en *Ob.cit.*

<sup>46</sup> Citado en “María Zambrano y la Cuba secreta”, en *Ob. cit.*

*noche ese mar de llamas o más bien de fuego oscuro no eterno, no. La Aurora  
Consurgens siempre se presente y aun se siente.*<sup>47</sup>

Ya muerto su amigo, en la correspondencia que tiene con su viuda, María Luisa Bautista, ofrece dos claves para su ensayo. La primera, ante un envío que le hace esta, acaso *Fragmentos a su imán*, el poemario póstumo de Lezama, dice María: “supe que tenía ante mis ojos algo fuera de serie, algo único: perla rara de total pureza, oro vivo, esmeralda en la que se ha fijado el Rayo verde, aquel que yo atisbaba desde mi ventana sobre la bahía, frente al poniente y que ahora veo a veces entre las manos de Lezama o saliendo de él mismo. El secreto último del cielo de Cuba y de los trópicos según dicen, mas para mí de La Habana”<sup>48</sup>. Y reparemos, al pasar, en cómo María relaciona al rayo verde con esas piedras simbólicas<sup>49</sup>. Y en el ensayo “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, María escribe: “Surge y sube la luz como una palma real. La palma que en el breve atardecer se mece levemente por ligereza y no por veleidad, como respuesta de su médula blanca en la que se cría un corazón al rayo de luz verde que no siempre la mirada alcanza a ver cuando el sol de fuego se ha hundido en la mar”. Donde en sorprendente analogía simbólica que hubiera sido muy cara a Lezama se corresponde lo telúrico con lo estelar. La segunda, cuando le confiesa: “María Luisa, yo rezo poquito, pero rezo. Padre Nuestro, Salve, Agnus Dei y alguna oración, invocación al Espíritu Santo. A veces delante de un cirio encendido que tengo en mi cuarto, cuando no soy vista. Ese día y ya, rezaré a la Aurora –‘Oh luz manifestada –que iguala al ojo con el sol’ ...”<sup>50</sup>, verso este del poema cosmogónico de Lezama “Las siete alegorías”, fechado en febrero de 1973, e incluido en *Fragmentos a su imán* (1977), texto que será el centro del ensayo de María Zambrano, “Hombre verdadero: José Lezama Lima”. En realidad este texto, en muchos momentos, en un diálogo con el poema de Lezama, poema ya de

---

<sup>47</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 226.

<sup>48</sup> *Ibid.* p. 237.

<sup>49</sup> Véase sobre este tópico: Jesús Moreno Sanz. “Guías y constelaciones”. En: *María Zambrano. 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid, Residencia de Estudiantes / Fundación María Zambrano, 2004, p. 242, nota 74, pues la relación simbólica del rayo verde con estas piedras preciosas puede apreciarse en este pasaje: “Más allá donde el horizonte se deslíe, se vislumbra la perla naciente, sin envoltura alguna, sola. No está dentro ni fuera de nada; no está, y por ello no puede ser visible mostrándose tan a las claras. Pura claridad de un cuerpo sin espesor ni condensación. Y que ya no se consume, por ser transparente. Llama pálida sin centro oscuro, sin resplandor, prenda, adelante de una pura visión, sin horizonte ya, más allá de la pasión que engendra el horizonte y de la voluntad que lo sostiene, más allá del padecer, del penar por ser, por ver, y aun por tocar, satisfacción también de los sentidos que buscan su materia. Ya no hay más que pensar cuando la perla por sí sola se da. La intangible y viviente perla, don, adelante de un cuerpo glorioso”.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 251-252.

por sí hermético. Ya en una carta fechada en 1967, María se disculpa con Lezama porque no le ha podido enviar, de Henry Corbin, *La imaginación en Ibn-Arabi y Terre precieuse et corp de resurreccion*.<sup>51</sup> ¿Llegó Lezama a leer estos libros? Lo cierto es que la carta de María a Lezama, del 23 de octubre de 1973, ya citada, donde le habla del “mar de llamas”, es anterior a la redacción del poema. ¿Fue entonces ese poema una respuesta a la carta de María? En otro poema del mismo libro, pero fechado en octubre de 1973 –por lo que no parece posible que fuera escrito después de recibir la carta de María-, Lezama escribe: “Sus silenciosos tumultos / son llamas en el agua, / que ven de cerca, día por día, / el reloj coralino / que ensaliva la eternidad”<sup>52</sup>. Los fragmentos del poema en cuestión, “Las siete alegorías”, que María cita y recrea, piensa y comprende, y también responde, es el siguiente (y en donde se comprende aquel juicio posterior de María sobre *las aguas creadoras, fecundas y vírgenes*, en que creía Lezama):

*Saltan las aguas sopladadas por la gran boca.  
De esa boca sale el espíritu que ordena  
la sucesión de las olas.  
Es la quinta alegoría,  
como otra cuerda de la guitarra.  
La alegoría del Agua Ignea.  
Un agua salta  
quema las conchas y las raíces.  
Tiene de la hoguera y del pez,  
pero se detiene y nombra el aire,  
llevándolo de choza en choza,  
quemando el bosque después de las danzas  
que se esconden detrás de cada árbol.  
Cada árbol después será una hoguera que habla.  
Donde el fuego se retira  
salta la primera astilla del mármol.  
El Agua Ignea demuestra que la imagen  
existió primero que el hombre,*

---

<sup>51</sup> Ibid., p. 222.

<sup>52</sup> En otro poema muy anterior, “Un puente, un gran puente”, de *Enemigo rumor* (1941), libro que elogió María, Lezama escribe: “En medio de las aguas congeladas o hirvientes, / un puente, un gran puente que no se le ve...”, donde ya está implícita la visión del “mar de llamas” como tránsito.

*y que el hombre adquirirá ¿donde?  
el disfraz final del Agua Ignea.*

*Teseo trae la luz  
el sextante alegórico.  
La luz es el primer animal visible de lo invisible.  
Es la luz que se manifiesta,  
la evidencia como un brazo  
que penetra en el pez de la noche.  
Oh luz manifestada  
que iguala al ojo con el sol.*

En definitiva, lo esencial es el reconocimiento, por parte de María, de Lezama como “hombre verdadero”, que ha alcanzado con su muerte la resurrección –tal como apetece Lezama en “El pabellón del vacío”. “Arbol único”, le llama María, que ya ha *atravesado* su vida –“el Mar en Llamas”, el Agua Ignea. No está de más recordar que en el antecedente simbólico de aquel poema, “Rapsodia para el mulo” –como vimos, para María, donde reside el secreto de la cosmovisión poética de Lezama- aparece ya la imagen anagógica del árbol. La imagen simbólica, creadora, genésica, del mulo que cae en el abismo, hacia “el agua de los orígenes” o “Arbol que no se extiende en acanalados verdes / sino cerrado como la única voz de los comienzos” o “Arbol de sombra o árbol de figura”..., antes de resumir esta rapsodia, resistencia trágica, sacrificial –imagen de toda su poética- con la resurrección: “al fin el mulo árboles encaja en todo abismo”. El mulo que desciende a las entrañas, a lo sagrado, a lo telúrico para sembrar, parir árboles que se alzan hacia lo estelar, ya que, dice Lezama, “sembrar en lo telúrico es hacerlo en lo estelar”. Por cierto, todo el poema estará recorrido también por la imagen de la *piedra*, tan cara a María Zambrano. Sólo quiero recordar, a manera de incitación, que en una carta a María Luisa, María cita un fragmento de un poema de Lezama, presumiblemente “Censuras fabulosas”, al igual que “Rapsodia para el mulo”, de *La fijeza*, donde se lee: “La roca es el Padre, la luz es el Hijo. La brisa es el Espíritu Santo”. La imagen del mulo, descendiendo a los ínferos, a lo sagrado y devolviendo árboles, parece avenirse con la imagen también anagógica de la palma real: “Surge y sube la luz como una palma real”. Más esotérica es la entrevista relación, diálogo, respuesta del corazón de la palma (su fruto, *médula blanca*, la pulpa del coco), ¿de la luz? con “el

rayo de luz verde”. El fruto de la tierra como imagen de la luz que asciende. Pasa entonces a la referencia de la “Muerte auroral”: el descendimiento del sol en el mar como imagen del descendimiento a las entrañas, a lo sagrado, “lo inacabable”, *apeiron* primordial. Y el rayo verde como respuesta<sup>53</sup>, imagen creadora del *sacrificio* necesario, imagen pues de Lezama, el Poeta, y de la misma Razón poética.

Se hace necesario introducir aquí un extenso pasaje de la primera versión, “José Lezama lima: Hombre Verdadero”, sobre el rayo verde. Nótese que la relación del rayo verde y el árbol es explícita, así como las referencias al “agua ígnea” del poema de Lezama. Escribe María:

*El rayo verde del crepúsculo cubano –tropical- que se eleva detrás del último recorte, perfil del Sol perfecto hasta lo último a imagen de sí mismo, el rayo verde tan enigmático, dio su sentido cierto, su imperativo en el Poeta. No es espejismo, ni refracción aunque físicamente lo sea, espada de la luz que no*

---

<sup>53</sup> El misterioso “rayo verde”, fenómeno estrictamente físico, óptico, que puede observarse en el trópico, por ejemplo, en la costa norte de Cuba, preferentemente en los meses más calurosos, de junio a principios de septiembre, cuando el mar está en absoluta calma (*mar de plato*, se dice entonces), y en el instante en que, con un cielo también absolutamente despejado, la punta de la corona del sol se hunde en el horizonte y despide en un instante un rayo de luz verde, puede acaso relacionarse con esa “perla” o “esmeralda”, también evocada por María Zambrano en la carta citada a María Luisa Bautista, viuda de Lezama, y como es descrita en “La perla”, de *Notas de un método*, como tan bien me ha hecho ver Jesús Moreno Sanz en “Guías y constelaciones”. *Ob. cit.*, p. 242. Asimismo, la conjunción del cielo azul, el mar azul más oscuro o casi verdinegro, y el sol, ya no amarillo sino casi rojo, ofrecen, en un abrir y cerrar de ojos, la creación del rayo verde. Muy relacionado con esto vale el siguiente comentario de Jesús Moreno Sanz: “Es en el diapasón –el recorrerlo todo, el a través de todo- de los pensadores espirituales y poetas que no se han desprendido del *antes* y el *tras* de la idea, del envés de la idea, como Zambrano recorre el amplio espectro y el arco iris de la luz de los místicos, y lo ve todo ello simbolizado en las islas; en la *sim-bolé*, en la unión que ellas significan de los elementos: del agua, la tierra, el fuego y el aire; y alguno más sutil que Zambrano comenzará a ver en el *rayo verde* de la aurora habanera”. Esta última confusión de Jesús Moreno Sanz, cuando sitúa el rayo verde en la aurora y no en el ocaso, es significativa, pues, en realidad, esos dos momentos son simbólica y espiritualmente equivalentes para María Zambrano. Digamos que, en Cuba, tanto la aurora o el alba y el ocaso, son dos de sus vivencias carnales de lo sagrado. No por gusto, también relacionado con el rayo verde, en “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, María evoca la “muerte auroral” de Lezama como “Muerte auroral de comunión de evaporada y escondida forma, de forma pura más allá de su promesa”. Incluso, el verso gnóstico lezamiano, que tanto cita –y con el que reza- María: “Oh luz manifestada que iguala al ojo con el sol”, alude de hecho a esa fusión simbólica (y sagrada) del ser que mira y lo mirado. El rayo verde ¿qué es en última instancia sino fruto de esa combustión? La creación de lo mirado, que transforma a lo que mira. Pero, recordemos, con Nietzsche, que el abismo también nos mira... Pero como todo lo que preserva su misterio, el rayo verde ¿no es también imagen de la resurrección?: acaso “la llamita de la resurrección, ya”, como le dice María a Cintio Vitier en una carta... Hay que recordar enseguida que simbólicamente el verde es un color mediador, de tránsito entre todos los colores (aunque también en la simbología cristiana se asocia a la esperanza) Como los mulos lezamianos que siembran árboles en el abismo, como todo símbolo anagógico, que une lo telúrico con lo estelar, lo sagrado con lo divino. El rayo verde es el *más* poético, o *sobrenaturalidad*, el *súbito*, fruto de ese *espacio gnóstico* lezamiano; es la creación pura, sobreabundante del espíritu universal. Y el rayo verde ¿no es también, digo ahora siguiendo a Jesús Moreno Sanz, esa luz *que queda*, que nace, que se salva de y en lo oscuro: *lámparas de fuego* o, incluso, *zarza ardiente*?

*refleja ni (¿) la aparición sin figura, imperativo del ángel que no habla Arcángel del Verbo que exige desde el principio la abstención del fantasear, la pulcritud de la sensación, de los sentidos y sentires en sus raíces lavadas con el agua ígnea. Espada el rayo verde que no cae desde el cielo sobre las cabezas de los hombres y su pensamiento, que no corta el aliento, el simple aliento de la libertad y no solo su cuerpo, que surge desde abajo detrás de la imagen del sol incandescente que cede porque va a extinguirse -¿sólo por eso?- a ser mirada sin castigo de ceguedad –allá en el trópico-, espada hacia arriba como una planta que viene de lo hondo de la tierra, una raíz lograda. Que si el cielo le permite con naturalidad tanta ha de ser, quizás, porque de él cayó la semilla o porque en la tierra oscura alguna semilla privilegiada alienta que solo instantáneamente muestra su tallo, indicio del árbol nunca habido, quizás escondido en alguna clara gruta al borde del mar, quizás en el mar mismo, más allá de su oscuro fondo donde tanta luz se alza.<sup>54</sup>*

En definitiva, Lezama como encarnación del Verbo, memoria del verbo genésico: “y ese fuego que devora, que atraviesa el mar de llamas y permite al hombre, inevitablemente arrojado a él, transitarlo, encontrar el sutilísimo paso y todavía en la vida inmediata ir memorizando el verbo”, escribe María. Y en el acápite siguiente, titulado “Una meditación”, Lezama reaparece como el *ángel* o “poeta guardián” que ha sabido sortear el peligro, el *hechizo*, del hermetismo de lo sagrado, porque lo devuelve como meditación (claridad, luz) o respiración. Ya refiriéndose concretamente a su novela *Paradiso*, dice que es “una meditación sobre el principio en el tránsito en que se hace origen, sobre el Padre y la Madre donde el laberinto del hijo se aclara”. Recordar que si el hijo es el Espíritu Santo, también es el Poeta (Cemí), y que Lezama se opone a la imagen de Heidegger del hombre –el poeta, enfatiza Lezama- como un ser para la muerte, con la del poeta como un ser para la resurrección. En otro momento María le agradece a Lezama su frase: “No hay espíritu absoluto porque hay Espíritu Santo”. Todo este extenso pasaje en el ensayo de María es la ilustración del centro mismo de la cosmovisión poética lezamiana, su *agón* órfico-católico, su lucha trágica por no quedar apresado, luego de su descendimiento, en el mundo de lo sagrado *sin redención*, sin

---

<sup>54</sup> *Correspondencia...* Ed. Cit., pp. 302-303.

ascender de nuevo hacia la luz: ángel que surge de “los abismos de la luz”. Dice finalmente María:

*El fuego reacio al aire y que nunca llegará a ser aliento si el poeta guardián no lo conduce a ser llama dándose él mismo en ella, si es preciso, como salamandra que danza y se escapa en el aire y en la luz. La fijeza ha liberado la movilidad de los elementos, “raíces del ser”, para que la sustancia y la palabra se manifiesten sin desarraigarse y para que el hombre, como árbol único, alcance su verdad única.*

Luego pasa al comentario del poema de Lezama, “Las siete alegorías”, en el acápite titulado “Agua Ignea”, donde entra de lleno en la consideración de la *imagen* en Lezama, tema que no podemos agotar aquí. Pero recordemos que Lezama cifró todo su llamado Sistema poético del mundo en su teoría de la Imagen. Si el hombre perdió su semejanza, su identidad con Dios, sólo le queda la posibilidad de ser imagen, recuerda siempre Lezama. “La imagen tiene que empatar o zurcir el espacio de la caída”, dice también. O cita la frase de Pascal: “como la verdadera naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza”. Entonces será la Imagen la que llene ese vacío, la que cree una *sobrenaturaleza*. La imagen o, como él dice, “el cubrefuego de la imagen”, la imagen como la *mediadora* entre lo telúrico y lo estelar, será la respuesta del hombre, del poeta contra la *fijeza*, el *enemigo rumor*, la *resistencia* que opone el mundo tantálico o tanático de lo sagrado sin redención. Imagen que, además, y esto es acaso lo más importante, “no pierde nunca la primordialidad de donde procede” (*lo que queda*). Y para Lezama la mayor imagen es la de la resurrección, como dice expresamente en muchos de sus ensayos, y cómo manifiesta en acto en el final de sus tres poemas arquetípicos en este sentido: “Muerte de Narciso”, “Rapsodia para el mulo” y “El pabellón del vacío”. Finalmente, reparemos en que esa imagen de la transcendencia en Lezama es una imagen *encarnada*: variante lezamiana de la razón poética de María Zambrano. Dice María a propósito del hombre verdadero y de Lezama Lima: “Sólo el verbo en el hombre verdadero se memoriza” En la primera versión de este texto es más explícita: “Y el poeta verdadero se da a ver como lo que no ha podido dejar de ser, una manifestación del Hombre Verdadero”, y también: “En el centro de la danza imposible,

el hombre verdadero, sin desfallecer el poeta verdadero, nunca solo, nunca a solas”<sup>55</sup>. Y Lezama pudiera responderle desde uno de sus más antiguos sonetos. Ante la pregunta del final de uno de ellos: “¿Y si al final no nos acuden alas?”, responde Lezama en el siguiente: “Pero sí acudirás; allí te veo, / ola tras ola, manto dominado, / que viene a invitarme a lo que creo: / mi Paraíso y tu Verbo, el encarnado.” Todo lo comprende perfectamente María Zambrano en su acápite siguiente y conclusivo, titulado “La zarza ardiente” (y nótese que aquí está implícito el símbolo de la transfiguración católica, imagen también de las nupcias de lo sagrado y lo divino, de las metamorfosis salvadas con la transfiguración, de lo analógico con lo anagógico, de lo horizontal con lo vertical, de lo telúrico con lo estelar, de los Dioses con el Dios único, del Espíritu encarnado en suma, aunque también el símbolo de la Cruz), cuando expresa: “Para que allá, en la infinitud, al hombre encomendada y no sólo prometida, la imagen sea memoria-pensamiento, se vaya dando la encarnación, la sustancialización de la imagen en la que lo amorfo de la sustancia se redima y su muerte inevitable se encamine así a la resurrección”. Permítaseme transcribir íntegramente el último párrafo del ensayo de María Zambrano que he venido comentando, “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, para apreciar cómo la *exégeta andaluza* (digo con frase de Rubén Darío) resume todo con la certera imagen de una razón poética en acto. Ante la pregunta del propio Lezama, que reitera María ya descifrándola: “La zarza ardiente, ¿fuente quizá del Agua ígnea?”, concluye este su texto ya acaso no tan hermético:

*El agua ígnea que “tiene de la hoguera y del pez -pero se detiene y nombra el aire”, se nos figura que sea el Mar de Llamas en el que se baña una y otra vez junto a los dioses el Hombre verdadero y a la vez el río que los deposita al borde de la Zarza ardiendo del Dios único, que abrasará los dioses que le rendirán su esencia. Y hará del Hombre llama suya dándole una muerte auroral, señal del sacrificio aceptado.*

*“¡Oh luz manifestada! / que iguala al ojo con el sol.”<sup>56</sup>*

---

<sup>55</sup> *Correspondencia...* Ed. Cit., pp. 304 y 305, resp.

<sup>56</sup> Dice, antes de citar este mismo texto, Jesús Moreno Sanz: “Ya en 1977, año final en La Pièce, escribiré María Zambrano su texto más hermético y hermoso sobre este hombre verdadero en “Lezama Lima: hombre verdadero”. Y allí encontramos todas estas temáticas –y a la que se añade esa danza de figuras que constelan a la mujer –en Perséfone hermana del poeta (‘¡Emilio, hermano, hijo!’), y en la rueda y el árbol único, y lo inmóvil creando el ordenado movimiento, y sus *raíces del ser*, y al fin constelado todo con el rostro que queda: el ángel que ha surgido de los abismos de la luz, guiando ya, como luego hará

Lezama era la encarnación viviente –como ella- de la razón poética. Por ello, cuando acaso el mayor poeta vivo le regala su mayor elogio: las nupcias de lo telúrico, las entrañas, lo sagrado, con lo estelar, en el poema que le dedicó, donde escribe: “María es ya para mí / como una sibila / a la cual tenuemente nos acercamos, / creyendo oír el centro de la tierra / y el cielo del empíreo, que está más allá del cielo visible. Vivirla, sentirla llegar como una nube, / es como tomar una copa de vino / y hundirnos en el légamo”, acaso la mayor pensadora viva le devuelve el elogio con igual jerarquía: “Y gracias por su vino y por el légamo. Tuvo Ud. siempre la virtud de que los ínferos, lo de abajo, lo que queda, aparezca salvado sin dejar su ser. Dios se lo pague”.

Madrid, 10-28 de diciembre, 2005

---

con Nietzsche y Ortega, al propio Lezama Lima a su rostro más verdadero, interpretándole no sólo como católico-órfico, como él se había definido, sino en una clarísima, y muy luminosa, simbología gnóstico-sufí al fin reconducida a la guía única de la aurora. La guía-aurora que se ejercitará de pleno en el libro *De la Aurora* es la que literalmente incendia este escrito en el elemento que recoge los cuatro clásicos, y lo deja en el borde, en el confín de lo que ya había denominado ‘la santa Realidad sin nombre’ en *Claros del bosque*.” En: “Guías y constelaciones”. *Ob. cit.*, p. 234. Véase también, en la misma fuente, la nota 78, sobre la aurora y la palabra, en p. 245, y la nota 81, sobre “el ojo purificador”, en p. 248.